

PARTE CUARTA

LA JUSTICIA DE DIOS

A ti clamamos, Señor.
Como la golondrina vencida por la
fatiga, atravesando los mares angus-
tiosa sobre las olas.

A ti clamamos, Señor.
Como los viajeros extraviados en un
desierto ardiente y sin agua...

(Francisco de Lamennais. *Palabras
de un creyente.*)

CAPÍTULO PRIMERO

MARCELA Y GERALDINA

La aurora empezaba á colorar apenas con sus rosadas tintas las elevadas cúpulas del castillo de San Telmo, y ya el azulado golfo de la risueña Nápoles se veía cruzado por las barcas de los pescadores. Las casitas de la Mergellina, abiertas, permitían ver en sus anchos patios, ya una hermosa y morena muchacha peinando sus largos y abundantes cabellos negros, ya una joven madre vistiendo á sus hijos, ya un anciano gondolero remendando sus redes.

En aquel hermoso clima, siempre templado, no se conocen los rigores del invierno, y la estación más fría se asemeja á la que en nuestras provincias cubre los campos de aromadas flores.

Era á fines de Agosto, y por consiguiente los días de calor más sofocante: sin duda por eso la población de Nápoles madrugaba, buscando con las brisas de la aurora el fresco y delicioso ambiente que iba á ceder su puesto dentro de pocas horas al ardiente y abrasador sol de Italia.

Las hermosas napolitanas habían dejado sus carruajes cerca de la playa y paseaban á pie por la arena: sus largos trajes de seda apenas se manchaban en aquel fresco pavimento, que semejaba una muelle alfombra, y sus negros y ardientes ojos radiaban á través de sus velos de encaje.

Entonces todo era vida en la playa; así como por la noche se ocupaban todas las góndolas, desde la más linda y capaz hasta la más reducida y humilde, por amantes parejas ó por melancólicos paseantes, ahora no contenían las barcas más que pescadores que iban á tender sus redes cerca de Capri, ó aldeanas que iban á buscar frutas á Prócida para llevarlas después á la plaza Mayor; algunos esquifes permanecían amarrados en la playa, y eran blandamente columpiados por las ondas.

Todo allí era alegría, bullicio y movimiento: sólo la casa del balcón de piedra permanecía cerrada y silenciosa como un sepulcro. Muchos

días hacía que se veía del mismo modo, y los habitantes de la Mergellina, acostumbrados á ver flotar, entre las caladas labores del antepecho del balcón, el largo vestido blanco de una esbelta joven, atribuían á enfermedad tanto silencio y tristeza.

Nadie, empero, espiaba aquel palacio con tanto afán como el habitante de una casita situada enfrente.

En la mañana de que vamos hablando, le sorprendieron los primeros albores del día apoyado en una de sus ventanas y clavando sus ojos con amarga tristeza en el suntuoso edificio.

Si alguno de los barqueros hubiese mirado el semblante del caballero español la noche en que dejó oír su armoniosa voz en el golfo y hubiera podido descubrir sus facciones, seguramente le hubiera reconocido en aquella estatua que aparecía como incrustada en la ventana; mas las buenas gentes, enteramente embebecidas en la melodía, no se cuidaron de mirar el rostro del cantor.

Dejémosle allí triste y meditabundo, si tú quieres, lector mío; dejémosle, que hartas veces te habrán dejado á ti abandonado á tus penas y hartas también me han dejado á mí sola con mi llanto y mi pesar; mas ni tú ni yo le abandonaremos por mucho tiempo.

Entremos ahora en casa de la joven Baronesa, que sufre también, y después volveremos al caballero español.

La luz suave y blanca de la mañana penetraba ya en una linda antecámara de las habitaciones del piso bajo, que eran las que ocupaba la Baronesa. Aquel aposento, cuyas paredes estaban vestidas de una bonita tela de Persia de seda azul claro, con ramaje de un azul más subido, era bastante espacioso y precedía á la alcoba de Margarita; tenía dos balcones con persianas, á la sazón ligeramente entreabiertas, y delante de ellas caían amplias cortinas de rica muselina bordada, iguales enteramente á las de las puertas; componíase la sillería de grandes taburetes sin respaldo, con asiento azul como la tapicería, y se veía en el lienzo de pared que daba frente á la entrada, un lindo mueble de extraña forma y embutido de maderas preciosas, que sostenía un soberbio espejo de Venecia con marco de marfil y molduras de plata cincelada.

Dos mujeres se hallaban en aquella estancia: la de más edad pasaba de sesenta años, y estaba sentada en un cómodo sillón, colocado allí sin duda para ella, pues su sencilla forma difería mucho de la suntuosa elegancia del aposento. Era el tipo perfecto del ama de gobierno española, y sobre todo, del ama de gobierno aragonesa: llevaba un vestido de hábito de la gloriosa Virgen patrona de su país, campeando en su pecho, y sobre el morado merino del vestido, un escudo de plata, bendecido sin duda en el santo templo del Pilar de Zaragoza; un pequeño pañuelo de crespón, de color de

café, se cruzaba sobre su alto pecho y ocultaba las puntas bajo la cintura de un ancho delantal de seda azul oscuro con motas encarnadas; llevaba los cabellos, que en otro tiempo debieron ser de un negro hermoso y que ahora estaban casi blancos, aunque muy espesos, divididos en medio de la frente y peinados con esmero hacia atrás en dos estrechas bandas: éstas pasaban por encima de la oreja é iban á recogerse alrededor de un peine de concha de forma anticuada, que sostenía una trenza bastante gruesa; pero lo que lucía más que todo en el atavío de la anciana, eran los indispensables pendientes de plata, cargados de piedras blancas y de la forma llamada *de tres chorros*.

La figura de aquella mujer, vulgar pero no ignoble, no carecía de atractivo. Era natural de Zaragoza, y á pesar de la edad, aún se advertía en su persona algo de aquella gracia que caracteriza á las hijas del pueblo: su talle, que los años habían engruesado, era todavía derecho y descubría formas que debían haber sido admirables en otro tiempo; y su pie, que se veía por debajo de los anchurosos pliegues de su traje, coquetamente calzado con un ajustado zapato de fino y lustroso cordobán negro, era lindo, arqueado y sumamente pequeño.

Su fisonomía, como el resto de su figura, respiraba candor y honradez; á pesar de que sus ojos hundidos brillaban de inteligencia, eran dul-

ces y cariñosos; su boca, grande, debía sin duda á sus gruesos labios la ventaja de no haberse hundido; tenía la nariz delgada, el color moreno y animado, y la frente de un corte muy gracioso.

La otra mujer era una hermosa joven que apenas contaría veinte primaveras. Tenía su tez ese moreno delicioso que colora la llama de la juventud, dando á las mejillas un precioso y vivo sonrosado; el mismo fuego ardía en sus rasgados ojos negros, que centelleaban entre dos largas franjas de seda; sus cejas de ébano, vigorosamente trazadas, y sus espesos y largos cabellos negros, que llevaba recogidos en trenzas con un largo alfiler de oro, la hubieran dado á conocer por una hija de Nápoles, á no patentizarlo así su pintoresco traje.

Consistía éste en una falda de grana de mucho vuelo, y corta hasta dejar ver una media de seda blanca con espigas azules, y un primoroso piececito, aprisionado en un lindo zapato de charol con hebillas de plata. Un corpiño de terciopelo negro, bajo de talle y con haldetas, descubría la redonda garganta y los torneados brazos de la joven, y sus hombreras, estrechas como tirantes, daban paso á unas mangas de transparente batista, prolijamente bordadas, y que no pasaban del codo; el escote del corpiño, bastante bajo, permitía ver una estrecha camiseta, compañera de las mangas, que interponía su tenue y delicado tejido como intermediaria entre el vigoroso negro del terciopelo

pelo y el cutis moreno, fresco y satinado de la joven.

La anciana es ya conocida nuestra, puesto que la encontramos en el jardín de la quinta; la otra era una joven italiana que Margarita había tomado á su servicio poco después que llegó á Nápoles.

—Vamos, signora Marcela—decía con dulce y sonora voz apoyándose en el sillón que ocupaba la anciana,—váyase usted á descansar un poco: ya es de día y debe estar rendida. Desde esta noche, puesto que la signora está mejor, seré yo quien la vele...

—Ante todo, mi querida Geraldina, acostúmbrate á decir *señora*, como se estila en lengua cristiana. Por más que me afano, no puedo quitarte ese maldito resabio—dijo la anciana con mal humor.

—Perdone usted, sig... signora Marcela—murmuró dulcemente la linda Geraldina, procurando obedecer á su maestra.

—Vamos—exclamó ésta,—ya veo que todo trabajo es inútil aquí, y que hasta que estemos en Zaragoza no podré quitarte esas malas mañas.

—¡Oh! ¡Cuántos deseos tengo de ver aquella tierra, sig... siñ...!

—Habla como te acomode, hija mía, ya que no puedes hacer otra cosa—interrumpió la anciana con una bondadosa sonrisa, que mostró una magnífica dentadura.

—Digo que tengo muchos deseos de ver su

país de usted—repitió Geraldina, cuya bella y expresiva fisonomía se alegró con el permiso de Marcela.

—¡Oh! pues si supieras lo que es, tendrías mucho más—exclamó el ama de gobierno con un entusiasmo verdaderamente patriótico.—Cuando veas la calle del Coso, el Salón de San Francisco y las dos soberbias catedrales, vas á quedar absorta... Pues ¿y la calle de Platerías con tanta riqueza y tanta joya en las tiendas?... En cuanto lleguemos, te he de pasear á mi sabor por la ciudad.

—¿A que no sabe usted, signora Marcela, lo que más ansío ver?—dijo Geraldina, cuidándose ya poco de pronunciar en castellano la palabra *señora*:—pues es la Virgen milagrosa del Pilar.

—Y eso cabalmente, hija mía, es lo que no verás.

—¿Cómo no?

—Como que, aunque estés mirando todo un día, no conseguirás verla—dijo Marcela, sumamente contenta de que la conversación hubiese ido á parar á su terreno favorito; luego se inclinó hacia adelante, y apoyando su mano en el brazo desnudo de la napolitana, añadió bajando la voz:

—El señor canónigo que la viste, no ha podido ver jamás el rostro de la Virgen.

—¡Qué cosa tan extraña!—exclamó la joven.—Ya se ve, como esa imagen la fabricaron en el Cielo, sólo Dios sabe de la materia que será...

—Eso es—repuso gravemente la anciana;—precisamente ha de tener alguna cosa... así... maravillosa.

—¿Y qué más veremos, signora Marcela?

—¡Oh! muchas cosas. En primer lugar, te llevaré á la plaza de toros, donde verás *piculines* que hacen cosas asombrosas, y después hay fuegos artificiales, y una música que enamora.

—¡Ay, qué hermoso será todo eso, qué hermoso!—gritó la joven dando palmadas de alegría.—¿Y cuándo nos iremos?

—Pronto, hija mía; la señorita... (ya sabes que, para mí, no puede ser nunca señora, pues la he visto casi nacer...)—y después de este importante paréntesis, continuó el ama de gobierno:—la señorita se casa dentro de seis días, y en seguida marcharemos todos allá.

—Pero, ¿podrá soportar las fatigas del viaje? ¡Si no hace más que dos días que se levanta y todavía se queda usted á velarla!...

—¡No ha de poder, hija mía! Cuando yo me casé con mi Anastasio (que de Dios goce) no tenía más que su edad, y era delgada y frágil como una paja... pero luego engruesé y me puse tan buena... Ya se ve, la dicha y la satisfacción robustecen y dan salud...

—¿Y su hijo de usted es delgado?—preguntó tímidamente Geraldina, cuyas mejillas se tiñeron de carmín al pronunciar estas palabras.

—Nada de eso... Pero modera tu impaciencia: ya

le verás dentro de dos meses, cuando haya cambiado su charretera de seda de sargento por la de oro de oficial, y me dirás lo que te parece... Si te agrada, las amonestaciones en seguida y... á la parroquia.

—¿Y si yo no tuviese la dicha de agradarle, signora Marcela?— objetó tristemente la pobre Geraldina.

—¿Cómo no? Pues ¿no eres buena como una santa y linda como una virgen? ¿No tienes corazón de aragonesa, es decir, franco y leal? Pues ¿qué más puede apetecer?...

—¡Ay! ¡Yo no seré para él más que una extranjera!...

—Tú, Geraldina, eres mi hija, y yo creo que ocupo en tu corazón el lugar de la madre que has perdido... ¡Una extranjera...! ¿Para qué me afano yo tanto en enseñarte mi lenguaje? Gracias á Dios, ya no te queda más que el maldito sig... si... Vaya, yo no lo sé decir... Créeme, hija mía: aun cuando tú no agrades á Eugenio, tendrás novios á docenas, viéndote con ese traje tan precioso, aunque menos lindo que tú... tendrás hasta señores que te quieran... Pero yo te amo demasiado para consentir que tomes marido señor, y amo también demasiado á mi hijo para que le deje arrebatarse tan buena esposa.

Al decir estas palabras, se levantó Marcela y se acercó á escuchar á una puerta que daba al dormitorio de la Baronesa.

—Duerme ahora—dijo,—y yo me voy á descansar también. Quédate aquí, Geraldina, y no permitas entrar en la alcoba más que al señor don Justo, si lo desea, y al señorito Adriano si viene con él.

Marcela iba á salir, mas se detuvo en el umbral porque se encontró en él á las dos personas que acababa de designar, á las cuales saludó respetuosamente.

—¿Todavía no se ha acostado usted, Marcela?—exclamó don Justo.

—Ahora voy á hacerlo, si es que usted no manda otra cosa, señor—contestó el ama de gobierno.—¿Quiere usted pasar á ver á la señorita? En ese caso, que entre Geraldina á ver si duerme.

El anciano hizo un gesto afirmativo, y la camarera entró en la alcoba de Margarita, apareciendo al cabo de breves instantes otra vez en el umbral.

—La signora espera á sus excelencias—dijo con su sonoro y dulce acento italiano, que tanto molestaba á Marcela y que era, sin embargo, uno de los mayores encantos de aquella hermosa muchacha.

Y con una actitud llena de gracia, sostuvo la cortina de raso azul que cubría la puerta, para dejar paso á los dos caballeros, en tanto que Marcela se retiraba por la otra de enfrente, después de saludarles de nuevo.

Sola ya Geraldina, se dirigió al espejo, estiró

las haldetas de su corpiño, deshaciendo una leve arruga que se formaba en su redonda espalda, arregló los anchos pliegues de su falda y atusó con la palma de la mano las espesas trenzas de cabellos negros que coronaban su morena frente.

Después se sonrió de placer al contemplarse tan bella, y marchó á sentarse en el sillón que Marcela acababa de dejar.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS RECUERDOS DE UN SUEÑO

El dormitorio de la joven Baronesa de Medina era en extremo elegante y suntuoso: rematando por la parte superior en forma de media naranja, figuraba una tienda octógona, y caía desde el techo al suelo, por las paredes, una tela de seda blanca que las ocultaba; á su vez estaba cubierta esta sedería por largas caídas de muselina blanca, plegadas fantásticamente y recogidas por algunos puntos en la pared por anchas abrazaderas de plata primorosamente caladas.

El cálido clima de Italia hace inútiles las chimeneas, y en el lugar que debiera ocupar una en aquella habitación, se veía una cornisa ancha, de mármol blanco y transparente, cual si fuera verdaderamente cristalizada: encima de esta meseta había una especie de canastillo ovalado, de graciosísima forma, guarnecido de multitud de flores inodoras, cuyas hojas, de un verde subido y aterciopelado, y cuyos vivos matices eran los únicos colores que venían á contrastar la armónica blancura de aquel gabinete virginal.

Velado casi enteramente entre olas de blanca y vaporosa muselina se descubría el lecho, muy